

## RUSIA, HEREDERA DE BIZANCIO

### I

**S**i este fuese un sermón y no un ensayo, la inevitable «cita» sería el famoso verso de Horacio: «*Naturam expellas furca, tamen usque recurret*» (Puedes arrojar a la naturaleza valiéndote de una horca, pero siempre retornará).

El actual régimen ruso se jacta de haber cortado de raíz con el pasado, si no en todo lo superficial y de poca importancia, al menos en la mayor parte de lo esencial. Y el Occidente ha dado por bueno que los bolcheviques han hecho cuanto han dicho. Les hemos creído y hemos temblado. Sin embargo, la reflexión sugiere que no es tan fácil repudiar la propia herencia. Cuando tratamos de repudiar el pasado, éste tiene, como bien sabía Horacio, caminos subrepticios, maneras delicadamente encubiertas de volver a nosotros. Algunos ejemplos familiares pueden poner las cosas en su punto.

Así, parece como si la restauración de 1660 hubiese revolucionado la vida religiosa de Inglaterra mediante la reunión de la Iglesia Protestante inglesa, que estaba dividida desde antes de acabar el siglo XVI en las facciones episcopaliana y presbiteriana. Sin embargo, las apariencias eran ilusorias, porque el hundimiento del epicopalismo en el siglo XVI se compensó en el XVIII con la aparición de la nueva forma metodista del «no-conformismo».

En Francia a su vez, la ortodoxia católico-romana ha sido chasqueada una y otra vez en su esperanza de lograr el restablecimiento definitivo de la unidad religiosa mediante la supresión de la herejía. Los albigenses fueron eliminados únicamente para reaparecer como hugonotes, y cuando los hugonotes fueron también anulados resurgieron como jansenistas, esto es, lo más parecido a un calvinista que puede ser un católico romano. Y cuando los jansen-

nistas fueron suprimidos resurgieron como deístas, e incluso hoy día la división de los franceses en dos facciones, clerical y anti-clerical, reproduce la división del siglo XIII entre católicos y adopcionistas (o cualquiera que fuese la doctrina que los albigenses realmente mantenían), a pesar de los repetidos intentos hechos durante los siete siglos últimos para someter al pueblo francés a la unidad religiosa.

A la luz de estas obvias ilustraciones históricas del aserto de Horacio, tratemos de investigar la relación de la Rusia actual con la Rusia del pasado.

El marxismo tiene todas las apariencias de ser un nuevo orden en Rusia, porque, al igual que las nuevas formas de vida introducidas en Rusia en una época anterior por Pedro el Grande, viene del Oeste. Si estos arrebatos de occidentalización hubiesen sido espontáneos, sería plausible presentarlos como nuevos y genuinos puntos de partida. Pero, ¿se ha occidentalizado Rusia voluntariamente o por la fuerza?

En este punto las actuales opiniones del que escribe son las siguientes: Durante los últimos mil años los rusos no han sido, según mi punto de vista, miembros de la civilización occidental, sino de la bizantina: una sociedad fraterna, del mismo parentesco greco-romano que la nuestra pero, a pesar de todo, una civilización distinta y diferente. Los rusos, miembros de esta familia bizantina, han opuesto siempre una fuerte resistencia contra las amenazas de ser desbordados por nuestro mundo occidental y están forzando dicha resistencia hoy día. Para salvarse de ser conquistados y asimilados a la fuerza por el Oeste, se han visto obligados repetidas veces a imponerse de nuestra técnica. Este *tour de force* ha sido llevado a cabo dos veces, por lo menos, en la historia de Rusia: primero con Pedro el Grande y después por los bolcheviques. El esfuerzo ha tenido que repetirse, porque la técnica occidental ha continuado su avance. Pedro el Grande tuvo que apropiarse las artes de la construcción naval y de la instrucción naval del siglo XVII, y los bolcheviques han tenido que asimilar nuestra revolución industrial, pero apenas lo han hecho cuando el Occidente se adelanta de nuevo a Rusia mediante el descubrimiento «know-how» (1) de la fabricación de la bomba atómica.

Todo ello coloca a Rusia ante un dilema: para salvarse de ser

---

(1) «Sabe-como».

occidentalizada completamente por la fuerza tiene que hacerlo parcialmente, y para ello ha de tomar la iniciativa a fin de poder estar segura tanto de occidentalizarse a tiempo como de mantener tan repugnante proceso dentro de sus justos límites. La cuestión decisiva es, desde luego, la de si es posible adoptar una civilización extraña parcialmente sin verse conducido por sus pasos contados a adoptarla en su totalidad.

Intentaremos dar una respuesta a tal pregunta echando una ojeada retrospectiva a los principales capítulos de las relaciones de Rusia con el Oeste. En Occidente tenemos la idea de que Rusia es la agresora, porque, si se miran las cosas con ojos occidentales, tiene todas las apariencias de serlo. Nosotros la vemos llevándose la parte del león en las particiones de Polonia del siglo XVIII, como la opresora de Polonia y Finlandia en el siglo XIX y como ardiagresora en la postguerra actual. A los ojos de los rusos las apariencias son exactamente lo contrario: los rusos se ven como las víctimas perpetuas de la agresión occidental, y, en una perspectiva histórica más amplia, hay tal vez mayores justificaciones de las que nosotros podríamos suponer para el punto de vista ruso. Un investigador imparcial, caso de que un tal investigador se encontrase, podría decirnos que los éxitos rusos del siglo XVIII contra Suecia y Polonia fueron contraofensivas, y que sus ganancias de territorio en dichas contraofensivas tienen menos importancia en las relaciones entre Rusia y el Occidente que las pérdidas rusas de territorio frente a ese mismo Occidente, lo mismo antes que después.

Los «Varangianos», que asentaron las primeras bases rudimentarias de un Estado ruso mediante la instauración de un dominio sobre las vías fluviales navegables internas, y que, consecuentemente, extendieron su predominio sobre las primitivas poblaciones eslavas de las zonas costeras y ribereñas, parecen haber sido bárbaros escandinavos desplazados y empujados, tanto hacia Oriente como hacia Occidente, por la expansión hacia el Norte de los cristianos occidentales bajo Carlomagno. Sus descendientes que quedaron en el país de origen fueron convertidos al cristianismo occidental y aparecieron, a su vez, sobre el horizonte occidental de Rusia como los suecos de ayer: paganos transformados en herejes sin dejar de ser agresores. Nuevamente, en el siglo XIV, la mejor parte de los territorios primitivos de Rusia —casi toda la Rusia Blanca y Ucrania— fué arrebatada a la cristiandad ortodoxa rusa y anexionada al cristianismo occidental mediante su conquista por

lituanos y polacos. (El territorio originario ruso de la Galicia conquistado por los polacos en el siglo XIV no ha sido recobrado por Rusia hasta la última fase de la guerra de 1939-45.)

En el siglo XVII los invasores polacos penetraron hasta Moscú a través de la Rusia que hasta entonces nunca habían conquistado, y solamente fueron rechazados merced a un supremo esfuerzo por parte de los rusos, mientras tanto los suecos desplazaban a Rusia del Báltico al anexionarse toda la costa hasta los límites septentrionales de los dominios polacos. En 1812 Napoleón repitió la hazaña polaca del siglo XVII, y a la vuelta de los siglos XIX y XX vientos de Occidente soplaron sobre Rusia rápida y fuertemente. Los alemanes la invadieron del 1915 al 1918, arrasaron Ucrania y llegaron a Transcaucasia. Después del colapso alemán, les llegó el turno a ingleses, franceses, americanos y japoneses de invadir Rusia por cuatro sectores diferentes durante los años 1918-20. Fueron de nuevo los alemanes los que en 1941 volvieron al ataque, más formidable y despiado que nunca. Es verdad que durante los siglos XVIII y XIX los ejércitos rusos también acamparon y lucharon sobre terreno occidental, pero lo hicieron siempre como aliados de algún poder occidental en lucha contra otro poder también occidental por alguna querrela familiar. En los anales de los largos siglos de guerra entre las dos cristiandades parece ser un hecho que los rusos han sido más frecuentemente las víctimas de la agresión y los occidentales los agresores.

Los rusos han incurrido en la enemiga de Occidente por obstinarse en seguir fieles a una civilización extraña, y hasta la revolución bolchevique de 1917 este «estigma de la fiera» ruso fué la civilización bizantina de la cristiandad ortodoxa oriental. Los rusos abrazaron el cristianismo ortodoxo oriental a finales del siglo X, y es muy significativo que fuese elección deliberada por su parte. Podían haber seguido alternativamente el ejemplo de sus vecinos surorientales, los Khazars, en las estepas, que se convirtieron en el siglo VIII al judaísmo, o bien el de sus vecinos orientales, los búlgaros blancos de la parte baja del Volga, que se convirtieron en el siglo X al islamismo. A pesar de tales precedentes, los rusos hicieron su propia elección diferenciadora mediante la adopción del cristianismo ortodoxo oriental del mundo bizantino, y, después de la captura de Constantinopla por los turcos en 1453 y de la extinción de los últimos restos del Imperio romano oriental, el principado de Moscovia, que por entonces se convirtió en

el punto de concentración de la cristiandad ortodoxa rusa, tanto contra los musulmanes como contra los latinos, asumió con plena conciencia la herencia bizantina de los griegos.

En 1472 el Gran Duque de Moscovia, Iván III, se casó con Zoë Paleologos, sobrina del último griego que llevó la corona del Imperio romano oriental en Constantinopla. En 1547, Iván IV, «el Terrible», se coronó a sí mismo Zar o Emperador romano oriental, y, aunque el puesto se hallaba vacante, su devoción al mismo fué una gran audacia si tenemos en cuenta que, en el pasado, los príncipes rusos habían sido súbditos eclesiásticos del Metropolitano de Kiev o del de Moscú quienes se hallaban subordinados al Patriarca Ecuménico de Constantinopla, un prelado que, a su vez, era súbdito político del Emperador griego de Constantinopla, cuyo estilo, título y prerrogativas no fueron asumidos por el Gran Duque moscovita Iván. Pero el último paso, el decisivo, se dió en 1589, cuando el Patriarca Ecuménico de Constantinopla reinante, entonces un servidor de los turcos, fué inducido o forzado, durante una visita a Moscú, a elevar su anterior subordinado, el Metropolitano de Moscú, al rango de patriarca independiente. Aunque el Patriarca Ecuménico griego ha continuado, hasta hoy día, siendo reconocido como *primus inter pares* entre las cabezas de las iglesias ortodoxas —las cuales, aunque unidas en doctrina y liturgia, son independientes unas de otras en su gobierno—, la iglesia ortodoxa rusa, desde el momento en que le fué concedida su independencia se convirtió *de facto* en la más importante de todas las iglesias ortodoxas, ya que fué entonces la más numerosa con una gran diferencia y la única que estaba respaldada por un poderoso estado soberano.

Desde 1453 en adelante Rusia fué el único país cristiano ortodoxo de alguna importancia que no estaba bajo dominio musulmán, y la captura de Constantinopla por los turcos fué dramáticamente vengada por Iván el Terrible cuando un siglo más tarde capturó Kazan a los tártaros. Este fué otro paso en la ascensión rusa de la herencia bizantina, y precisamente Rusia no había sido lanzada a tal empresa por la obra ciega de impersonales fuerzas históricas. Los rusos sabían muy bien lo que se traían entre manos: en el siglo XVI su política fué expuesta con claridad y confianza sorprendentes en un célebre pasaje de una carta abierta dirigida al Gran Duque Basilio III de Moscovia, que reinó entre Iván III e Iván IV, por el monje Teófilo de Pskov:

«La iglesia de la vieja Roma cayó a causa de sus herejías; las puertas de la segunda Roma —Constantinopla— han sido destruidas por las hachas de los infieles turcos; pero la iglesia de Moscú, la iglesia de la nueva Roma, relumbra más que el Sol en todo el universo... Dos Romas han caído, pero la tercera se yergue firme; no podrá haber una cuarta.»

En esta deliberada y concienzuda asunción de la herencia bizantina, los rusos asumieron, entre otras cosas, la tradicional actitud bizantina hacia el Oeste; y esto ha tenido un profundo efecto en la propia actitud de Rusia con respecto al Oeste, no sólo antes de la revolución de 1917, sino después.

La actitud bizantina hacia el Oeste fué tan simple que no debiera ser difícil su comprensión para los occidentales. Indudablemente deberíamos ser capaces de simpatizar con ella, porque brota de la misma creencia extravagante e improbable que solemos mantener respecto a nosotros mismos. Nosotros «los francos» (como nos llaman los bizantinos y los musulmanes) nos creemos sinceramente los herederos elegidos de Israel, Grecia y Roma, los Herederos de la Promesa, a quienes, por consiguiente el futuro pertenece. Y no nos han apartado de tal creencia ni los recientes descubrimientos astronómicos y geológicos que han desplazado tan inmensamente los límites de nuestro universo lo mismo en el tiempo que en el espacio. Desde la primera nebulosa, pasando por el protozoo y el hombre primitivo, seguimos trazando una genealogía divinamente ordenada que culmina teleológicamente en nosotros. Los bizantinos hacen exactamente lo mismo, excepto que ellos se adjudican ese improbable derecho de nacimiento que, en nuestro esquema occidental, nos pertenece. Los Herederos de la Promesa, el único pueblo que sobrevivirá, no son los francos sino los bizantinos: así reza la versión bizantina del mito. Y este artículo de fe tiene, lógicamente, un corolario práctico: cuando existen diferencias entre Bizancio y el Occidente, Bizancio siempre tiene razón y el Occidente siempre está equivocado.

Trataremos de poner de manifiesto que este sentido de ortodoxia y de predestinación, que los rusos han recibido de los griegos bizantinos, es justamente la característica del actual régimen comunista ruso como antes lo fuera del orden cristiano ortodoxo-oriental anterior. El marxismo es, indudablemente, un credo occidental, pero que pone a la civilización occidental en un brete; por eso le ha sido posible a un siglo XX ruso, cuyo padre ha sido

un siglo XIX *eslavófilo*, y el abuelo un devoto cristiano ortodoxo oriental, convertirse en un devoto marxista sin necesidad de ninguna rectificación en su heredada actitud hacia Occidente. Para la Rusia marxista y la Rusia eslavófila, al igual que para la Rusia ortodoxa, Rusia es «La Santa Rusia», y el mundo occidental de los Borgias, de la Reina Victoria, del «Ayudate» de Smiles y de Tammany Hall, es uniformemente herético, corrupto y decadente. Un credo que permite al pueblo ruso conservar intacta su tradicional condena del Oeste y, a la vez, sirve al gobierno ruso como instrumento para la industrialización del país, a fin de salvarlo de ser conquistado por un Occidente ya industrializado, es uno de aquellos dones providenciales de los dioses que naturalmente caen en el regazo del pueblo elegido.

## II

Profundicemos un poco más en esta herencia bizantina que no parece haber perdido su puesto en la Rusia marxista de hoy. Si retrocedemos al primer capítulo griego de la historia bizantina en Asia Menor y Constantinopla en la temprana Edad Media, ¿cuáles son las características de aquella sociedad hermana nuestra? Dos son las más acusadas: la convicción (ya mencionada) de que Bizancio siempre tiene razón y la institución del estado totalitario.

El germen de esa convicción de estar siempre en lo cierto surgió por primera vez en el alma de los griegos en el momento en que, lejos de sentirse superiores al Occidente, se encontraban en una situación profundamente desventajosa y humillante. Después de haber hecho un verdadero galimatías de su vida política durante siglos, los griegos gozaron al fin de paz cuando se la impusieron los romanos. Para los griegos el Imperio Romano fué una necesidad vital y al mismo tiempo una afrenta intolerable en su orgullo, planteándoles un formidable dilema psicológico del que salieron mediante la solución de hacer del Imperio Romano un asunto griego. En la época de los Antoninos, hombres de letras griegos se adueñaron de la idea del Imperio Romano, presentándola como la realización práctica del reino ideal del filósofo-rey de Platón, mientras que los hombres de acción griegos lograron ser admitidos a los cargos públicos de Roma. En el siglo IV después de Jesucristo, el Emperador Constantino instaló su nueva Roma en Bizancio, en

el emplazamiento de una antigua ciudad griega. Constantinopla fué concebida por su fundador para que fuese tan latina como la misma Roma, pero en tiempos de Justiniano, tan sólo doscientos años más tarde, Bizancio había vuelto a ser griega, a pesar de que Justiniano fué un celoso defensor de la lengua latina, que era tan lengua nativa suya como lo fuera de Constantino. En el siglo V el Imperio Romano sobrevivió en sus griegas y semihelenizadas provincias orientales cuando sobrevino su derrumbamiento en el Oeste, derrumbamiento que alcanzó a la misma Italia. A la vuelta de los siglos VI y VII, en tiempos del Papa Gregorio el Grande, la vieja Roma latina era el abandonado y desdénado extremo de un Imperio del que la nueva Roma griega se había convertido en el centro y sede del poder.

Incluso hoy día, si se le pregunta a un labriego griego que es, y olvida por un momento que en la escuela le enseñaron a decir «heleno», nos responderá que es «romyós», significando con ello que es un cristiano ortodoxo oriental de habla helena, súbdito de un idealmente eterno Imperio Romano con la capital en Constantinopla. El empleo del nombre «heleno» para significar «griego moderno» es una reviviscencia arcaica; según el uso popular, desde el siglo VI de la Era Cristiana, la antítesis entre «romano» (significando adepto a la Iglesia cristiana ortodoxa de lengua griega) y «heleno» (significando pagano), reemplazó la antítesis clásica entre «heleno» (significando hombre civilizado) y «bárbaro». Esto puede parecer un cambio revolucionario, pero la naturaleza «siempre recobra su sitio», por lo que la única cosa de suprema importancia para los griegos, «tener siempre razón», ha permanecido invariable a pesar de estos cambios. Mientras que la cultura pagana griega fué un marchamo de superioridad, los griegos se vanagloriaron de ser helenos, pero cuando se cambiaron las tornas y el helenismo, a su vez, fué desplazado para convertirse en partícipe inseparable de la ignorancia de los bárbaros, los griegos cambiaron su acorde y se proclamaron súbditos del Imperio cristiano-romano. El helenismo puede perder su rango de la misma manera que los griegos no lo perderán nunca.

Habiendo así hábilmente vindicado su pretensión de verdaderos herederos del Reino, sea este reino cual fuere, los cristianos ortodoxos griegos llegaron a poner la cristiandad latina «en la picota». En el siglo IX el Patriarca Ecuménico Griego de Constantinopla, Focio, proclamó que los cristianos occidentales habían incu-



rrido en herejía al cambiar indebidamente el Credo, mediante la inserción, sin autorización, de un *filioque*. Bizancio «está siempre en lo cierto», pero entonces tenía una especial razón para decir que la cristiandad occidental había incurrido en error: Focio hizo su pernicioso descubrimiento teológico respecto a los latinos durante la primera parte de una controversia política entre la cristiandad bizantina y la occidental, en la que el mismo Focio era uno de los principales contendientes.

Aquella controversia, al igual que la existente entre los Estados Unidos y la Unión Soviética hoy día, se entabló por conseguir la adhesión a una política e ideología de una *tierra de nadie*—no man's land— situada entre los dos poderes rivales. En el siglo IX los paganos que, durante el «vagabundear de los pueblos», ocuparon el Sudeste de Europa desde las puertas de Constantinopla a las puertas de Viena, comenzaron a sentirse atraídos por la civilización cristiana de sus vecinos. ¿A cuál de las dos cristiandades se dirigirían en busca de la luz, a la ortodoxa griega de los bizantinos o a la católica latina de los francos? La prudencia sugería inclinarse a aquel de los dos poderes cristianos que fuese geográficamente el más remoto y, por tanto, el menos peligroso políticamente, y así los paganos moravos, que estaban en pie de guerra contra los francos, se volvieron hacia Constantinopla, mientras que los paganos búlgaros, que estaban en pie de guerra contra los bizantinos se volvieron hacia Roma; lo mismo que Grecia y Turquía en la actualidad se han orientado hacia Washington y no a Moscú porque se hallan a las puertas de Rusia y no de América. Una vez que tales posiciones se tomaron y no fueron rechazadas, la competencia entre Bizancio y el Oeste para ganarse la Europa del Sudeste comenzó, y las apuestas fueron tal altas que la rivalidad estuvo a punto de terminar en ruptura. La crisis que Focio había traído a primer término fué inesperadamente pospuesta por la irrupción de los húngaros. Cuando estas hordas paganas de refresco se establecieron en las márgenes del Danubio hacia finales del siglo IX, las cristiandades ortodoxa oriental y católica fueron nueva y oportunamente aisladas la una de la otra. Pero con la conversión de los húngaros al cristianismo occidental a fines del siglo X la disputa entre las dos cristiandades rivales surgió de nuevo y degeneró rápidamente en el cisma definitivo de 1504.

De aquí en adelante el orgullo de Bizancio sufrió una serie de reveses: los fracasos desde el Oeste y los musulmanes turcos des-

de el Este cayeron entonces simultáneamente sobre el mundo bizantino. El interior de Rusia en torno a Moscú fué la única parte de la cristiandad ortodoxa oriental que casualmente no perdió su independencia política. Las primitivas tierras de la civilización bizantina en Asia Menor y en la península de los Balkanes fueron completamente subyugadas, y en la última fase de su derrota, en vísperas de la segunda y última caída de Constantinopla en 1453, la única libertad de maniobra que les quedó a los griegos fué la de elegir entre dos odiosos yugos extranjeros. Al enfrentarse con tan dolorosa elección, los ortodoxos griegos del medioevo rehusaron apasionadamente el yugo de sus cismáticos compañeros los cristianos occidentales y con abiertos ojos eligieron, como mal menor, el yugo de los turcos musulmanes. Prefirieron contemplar en Constantinopla el turbante de los mahometanos antes que la tiara papal o un capelo cardenalicio.

Los sentimientos que determinaron tan significativa elección han sido recogidos en trabajos literarios. Durante la Edad Media, y al igual que hoy, la antipatía entre los dos rivales herederos de Roma fué mutua. Léase el informe del obispo lombardo Liutprand a los emperadores sajones Oton I y Oton II respecto a la misión diplomática que por orden suya llevó a cabo ante la corte bizantina de Constantinopla el año 968. Si se capta el tono y los modos, procurando olvidar momentáneamente la fecha, es posible imaginarse que el autor es un americano visitante de Moscú con posterioridad a 1917. Léase la historia del reinado de su padre, el Emperador Alejo, que tuvo que oponerse a la primera cruzada, escrita por la princesa imperial Ana Comnena. Podría suponerse que la autora era una francesa culta del siglo XX describiendo la invasión de París por una ola de turistas americanos del Oeste medio; al menos esto es lo que podría suponerse hasta que se tropezase con la descripción de la ballesta, la nueva arma mortífera, de la que los occidentales (a pesar de estar siempre equivocados) habrían descubierto inexplicablemente el funcionamiento. ¡Ay, si al menos esto hubiese sido descubierto por los bizantinos cuyo destino es estar siempre en lo cierto! Este pasaje de la historia de Ana Comnena podría ser un lamento ruso en 1947 sobre el monopolio de la bomba atómica por América.

¿Por qué cayó en desgracia la Constantinopla bizantina? ¿Por qué ha sobrevivido el Moscú bizantino? La clave de estas dos adi-

vinanzas históricas nos la da la institución, también bizantina, del Estado totalitario.

Imperios como el romano y el chino, que trajeron la paz durante siglos a mundos frecuentados por la guerra ganaron tan privilegiado lugar en el afecto y en la imaginación de sus súbditos que éstos no podían concebir la vida sin tales imperios ni podían creer que aquellas instituciones consideradas indispensables pudiesen dejar de existir nunca. Cuando el Imperio Romano pereció, ni los contemporáneos ni la posteridad admitieron su desaparición, y, puesto que sus ojos rehusaban enfrentarse con los hechos, trataron, en la primer oportunidad, de poner los hechos de acuerdo con su imaginación intentando la resurrección del Imperio Romano. En el siglo VIII de la Era Cristiana hubo determinados intentos de resurrección del Imperio Romano tanto en el Este como en el Oeste. En el Oeste el intento de Carlomagno fué un afortunado fracaso; pero el intento hecho por León el Sirio en Constantinopla dos generaciones antes fué un éxito lamentable.

La consecuencia crucial de que se estableciera con éxito un Imperio Romano Oriental en tierras de civilización bizantina, fué que la Iglesia Ortodoxa Oriental cayó de nuevo bajo el dominio del Estado.

En el mundo pagano de Grecia y Roma la religión ha sido parte y fundamento de la vida pública secular. El cristianismo, surgiendo sin permiso del Imperio Romano, defendió su libertad pagándola con la proscripción y la persecución. Cuando el gobierno imperial llegó a un acuerdo con la Iglesia, pudo esperarse que el cristianismo caería en la posición dependiente y subordinada que el paganismo oficial había ocupado previamente con respecto al Estado romano; y en el corazón griego del Imperio, donde éste continuó siendo, hasta tres siglos después de la conversión de Constantino, una empresa en marcha, esta presunción se vió más o menos realizada, como lo atestigua lo ocurrido a San Juan Crisóstomo cuando cayó en desgracia con la emperatriz Eudoxia, y al Papa Silverio cuando incurrió en el desagrado del Emperador Justiniano. Sin embargo, y por fortuna para la Iglesia, ésta se vió libre de su prisión oficial por la caída del Imperio. Incluso en Constantinopla el Patriarca Ecuménico Sergio trató de igual a igual con el Emperador Heraclio en la suprema crisis del siglo VII, y en el Oeste, donde el Imperio había caído doscientos años antes y nun-

ca fué restaurado con éxito, la Iglesia no solamente recobró su libertad, sino que la conservó. En la mayor parte de nuestro mundo occidental, la Iglesia ha mantenido su independencia del Estado, e incluso en algunas ocasiones ha ejercido ascendencia sobre él. Las modernas iglesias libres de los países protestantes y la Iglesia católica medieval en una cristiandad que todavía no estaba dividida se hallan igualmente en la línea de nuestra tradición occidental, mientras que las iglesias recientemente establecidas en los países protestantes han sido, en conjunto, algo excepcional en la historia de Occidente. Sin embargo, incluso donde la Iglesia ha sido sometida de nuevo al poder secular en un estado occidental, esta relación no-occidental entre Iglesia y Estado ha sido atemperada por el ambiente de independencia eclesiástica que, como regla general, ha prevalecido en la cristiandad de Occidente. Por otra parte, en el mundo bizantino, el éxito logrado en la restauración del Imperio en el siglo VIII privó a la Iglesia Ortodoxa Oriental de la libertad que ella también había recuperado momentáneamente. No se crea que se dejó oprimir sin lucha; la batalla duró unos doscientos años, pero terminó con la conversión virtual de la Iglesia en un departamento del Estado romano-oriental del medioevo; pero un Estado que ha reducido a la Iglesia a tal situación se ha convertido a sí mismo en totalitario, si es que nuestro término de moda «Estado totalitario» significa un Estado que controla todas las actividades de la vida de sus súbditos.

El Estado totalitario bizantino de la Edad Media, creación de la afortunada resurrección en Constantinopla del Imperio Romano, tuvo un desastroso efecto sobre el desarrollo de la civilización bizantina. Fué un incubo que ensombreció, arruinó y no dejó medrar a la sociedad que le había inventado. Las ricas virtudes de la civilización bizantina, que su mismo estado dañó en la raíz, se revelan en destellos de originalidad surgidos en regiones situadas fuera del alcance del poder efectivo del Imperio Romano del Este, o en los siglos que siguieron a la extinción del Imperio: por ejemplo, el genio espiritual del monje siciliano del siglo X San Nilo que creó una nueva Magna Grecia en Calabria reuniendo a los cristianos griegos refugiados de su isla nativa, o el genio artístico del pintor cretense del siglo XVI Theotokópoulos a quien el Oeste admira como «El Greco». La «peculiar institución» de la sociedad bizantina no sólo esterilizó estas brillantes capacidades creadoras sino:

que llevó a la misma civilización bizantina medieval a la prematura caída a que antes hacíamos referencia haciendo imposible para el mundo bizantino su expansión sin provocar una guerra a muerte entre los griegos, apóstoles de la cultura bizantina, y sus principales prosélitos no griegos.

La sujeción del Patriarca Ecuménico de Constantinopla al Emperador oriental planteó un dilema insoluble cuando otra testa coronada abrazó el cristianismo ortodoxo oriental. Si el convertido pasaba a ser súbdito eclesiástico del Patriarca Ecuménico, reconocería implícitamente la soberanía política del Emperador Romano Oriental, lo que sería una consecuencia intolerable de su conversión, y si reivindicaba su independencia política mediante la instauración de un patriarca doméstico propio, parecería proclamarse implícitamente Emperador Romano del Este, lo que sería una consecuencia intolerable para el Emperador. Este dilema no atormentó ni al convertido príncipe ruso Vladimiro ni a sus sucesores, porque la enorme distancia entre Rusia y Constantinopla hacía inocuo el teórico señorío político del Emperador Oriental. Pero, en cambio, atormentó a los príncipes de Bulgaria cuyos dominios quedaban en los umbrales del Imperio Oriental; y cuando al fin Bulgaria optó por Bizancio, después de un coqueteo preliminar con Roma, se vió que no había sitio en el mundo bizantino para que existiesen a la vez un Imperio ortodoxo griego y una Bulgaria ortodoxa eslava. El resultado fué una guerra grecobúlgara de cien años que terminó con la destrucción de Bulgaria por el Imperio Oriental en 1019, y que infligió tan profundas heridas a los ganadores que éstos sucumbieron a su vez ante los ataques de los francos y los turcos antes de acabar el siglo XI. En el mundo bizantino de entonces solamente Rusia se salvó, por su lejanía, de verse envuelta en este cataclismo; y así el último de los convertidos al cristianismo bizantino fué el que sobrevivió para quedar como el Heredero de la Promesa; destino al que, según creen los bizantinos, no tenemos nosotros el derecho de primogenitura, sino ellos.

La vida de Rusia no ha sido, sin embargo, una vida del todo fácil. Aunque debió su supervivencia en la alta Edad Media a un afortunado accidente geográfico, ha tenido que salvarse desde entonces por su propio esfuerzo. En el siglo XIII fué atacada en dos frentes por los tártaros y los lituanos del mismo modo que el núcleo central griego de la civilización bizantina fuera atacado por los

turcos y los cruzados unos doscientos años antes; y aunque casualmente obtuvo la ventaja, que ya no perdería, sobre sus adversarios orientales, tiene todavía que seguir disputando su agotadora carrera contra los incesantes avances técnicos del mundo occidental.

En esta larga y torva lucha para conservar su independencia, los rusos han buscado la salvación en la institución política que fué la ruina del mundo bizantino medieval. Percibiendo que su única esperanza de supervivencia yacía en una despiadada concentración de poder político, se construyeron, para uso propio, una versión rusa del estado totalitario bizantino. El Gran Ducado de Moscovia fué el laboratorio de este experimento político; y el servicio prestado por Moscú, y su premio la consolidación bajo su dirección de un racimo de débiles principados bajo un poder único. A este edificio político moscovita se le ha revestido por dos veces la fachada —primero por Pedro el Grande y luego por Lenin—, pero la estructura esencial ha permanecido inalterable, y tanto la Unión Soviética actual como el Gran Ducado de Moscovia del siglo XIV reproducen las características más acusadas del Imperio Romano medieval del Este.

En este estado totalitario bizantino la Iglesia puede ser cristiana o marxista con tal que se avenga a ser un instrumento del gobierno secular. La cuestión entre Trotsky, que pretendía hacer de la Rusia soviética un instrumento para favorecer la revolución comunista mundial, y Stalin, que deseaba hacer del comunismo un instrumento para favorecer los intereses de la Unión Soviética, es la vieja cuestión cuya batalla ya se libró una vez entre San Juan Crisóstomo y la Emperatriz Eudoxia y entre Teodoro de Studium y el Emperador Constantino VI. En el mundo bizantino moderno, lo mismo que en el medieval, la victoria se ha inclinado del lado del poder secular; en acusado contraste con el curso de la historia en el Oeste donde fué el poder eclesiástico el que llevó ventaja en los forcejeos entre Gregorio VII y Enrique IV y entre Inocencio IV y Federico II.

La institución bizantina del estado totalitario no ha tenido, ni mucho menos, tan fatales consecuencias para la cristiandad ortodoxa rusa como las que tuviera en la cuna de la civilización bizantina cuando originó una guerra a muerte entre griegos y búlgaros del medioevo. Pero nosotros no sabemos que efecto tendrá en la suerte de Rusia esta aceptación de la herencia bizantina, ahora que

Le ha llegado el momento de elegir entre ocupar su puesto en un mundo occidental o mantenerse a distancia y tratar de edificar un contramundo propio antioccidental. Podemos conjeturar que la definitiva elección rusa estará profundamente influida por el sentido de ortodoxia y de predestinación que ha heredado de su pasado bizantino. Bajo la hoz y el martillo, lo mismo que bajo la Cruz, Rusia sigue siendo «la Santa Rusia» y Moscú «la tercera Roma». *Tamen usque recurret.*

ARNOLD TOYNBEE

